LA HISTORICIDAD
DE
"PEÑAS ARRIBA"

Desde la aparición de *Peñas arriba* (1895) fué noticia común la de corresponder su geografía y sus modelos humanos a lugares y personas conocidas; mas por no serlo mucho del común de los lectores, unos por apartados, otras por oscuras, vino a crearse una confusión grande sobre todo ello, que las publicaciones que conozco hasta ahora, y particularmente las hechas con ocasión del centenario del nacimiento de Pereda, no han aclarado, sino más bien desorientado y confundido.

Poner en claro alusiones y modelos interesa sin duda a la crítica perediana, a más de satisfacer una muy humana curiosidad. En la fidelidad de la copia al modelo, en lo que de éste se elimina o modifica, en lo que la imaginación añade, encontrará siempre el crítico los datos más preciosos para fijar lo que de la realidad interesaba al novelista en sus creaciones, lo que le estorbaba y eludía, y en el caso de *Peñas arriba,* por tratarse de una novela que quiso su autor que fuera estricta y característicamente montañesa, tal estudio puede darnos la clave de lo que Pereda juzgaba más castizo y privativo de la Montaña .

Para proceder con cierto orden en nuestra investigación trataremos, consecutivamente, de los tres elementos sobre los que descansa todo el edificio novelesco: la tesis social, la geografía y los personajes de la novela.

La intención social pareció evidente y fué subrayada ya

por los primeros críticos de *Peñas arriba*. Cierto que hoy se nos aparece como una novela poemática de la que nos es fácil disgregar toda sociología; cierto que el aliento épico, el brío inspirado predomina en la novela hasta dejar en término secundario la intención social, pero ésta existió, sin duda alguna, en su autor, y fué captada y glosada por los críticos, sus contemporáneos, sincronizados con él en preocupaciones, ideas y sentimientos. "*Peñas arriba* no es una novela; es una tesis sociológica desarrollada en una obra que tiene la estructura de la novela", (1) aseveraba J. Lluhí Rissech, distinguido crítico catalán; y Mariano de Cavia, en el tono al par sagaz e hiperbólico que le era propio decía: "en su jugosa entraña, en la tesis susodicha hallará el lector atento: desde el *regionalismo tradicional* que con tanta fuerza revive en las no muy bien unificadas Francia, Alemania y España, hasta la *organización autonomista* de Pi y Margall; desde el *patriarcado cristiano y socialista* que predica "espiritualmente" el Conde León Tolstoy en Rusia, hasta el *aristocratismo intelectual* que el recien fenecido lord Randulph Churchill ha impuesto "practicamente" en Inglaterra." (2)

Seguramente estas cosas no estaban concretamente en la imaginación de Pereda cuando trazaba su novela, pero estaban en el ambiente, con él se respiraban las preocupaciones a que respondían, y lo que tomado literalmente resultaría exagerado, en un sentido más lato y vago, era rigurosamente exacto.

Un sentido tradicional de la vida empapa y satura las páginas todas del novelista. "Las ideas tradicionales fueron la clave del credo político y social de Pereda. Una inclinación natural le llevó a la literatura, como forma de expresión. Era inevitable, por lo tanto, que sus escritos estuvieran influidos y aun dominados por sus creencias, profundísimamente arraigadas." Así se expresa John Van Horne (3) que al estudio de la influencia de las ideas tradicionales en la obra parediana ha dedicado un sagaz estudio; y al del alcalce y eficacia social

(1) "La Vanguardia".—Barcelona, 3 de junio de 1895.

(2) "El Liberal".—Madrid, 31 de enero de 1895.

(3) "Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo".—T. I. 1919, pág. 254.

de tales ideas, concretamente referidas a la novela de que tratamos, dedicó don José María Martínez y Ramón las fervorosas páginas de su *Análisis de Peñas arriba*. (1)

A este sentido tradicionalista de la vida debió impresionar profundamente la visión y noticia de las costumbres patriarcales de Tudanca, de que tuvo conocimiento primero en su viaje electoral de 1871, en el que visita esta casona, y ampliada y circunstanciada relación después por conducto de su primo Domingo Cuevas, muy próximo de esta casa, como diré luego.

Acaso lo más exactamente reproducido e interpretado en *Peñas arriba* sea la topografía social del valle de Tudanca que se propuso por modelo. Las relaciones de pueblo y casona han venido siendo, aun con las inevitables tibiezas que las mudanzas de las cosas consienten, tal y como Pereda los interpretara. La eficacia social de tal consuetudinaria organización podrá ser discutible, pero la realidad penetrada por Pereda era innegable: en la segunda mitad del siglo XIX, en lo menos accesible de la Montaña, en esta región misteriosa que ensordece el Nansa y asombran los picos más altos de la cordillera, existía un pueblo que inmune a toda influencia revolucionaria, en unas jerarquías creadas por el tiempo y consagradas por el mutuo cumplimiento del deber, lograba un bienestar social, sin envidias ni recelos. La dedicación del señor de la casona a los asuntos, preocupaciones y discordias de sus vecinos, era correspondida por éstos con el ofrecimiento de su afecto y sus servicios, no como prestaciones interesadas de uno y otros, sino como "actos funcionales de un organismo".

Tal la tesis de la novela, trasunto de un hecho real observado y querido por Pereda, que respondía a una efectiva preocupación de su tiempo. La vuelta al campo, la vocación de la naturaleza que tal tesis supone flotaba en el ambiente y a ello responden con rigurosa contemporaneidad (y no quiero citar sino ejemplos peninsulares) novelas de tan característica tesis como *A morgadinha dos cannaviaes,* de Julio Dinis, o *A cidade e a serra,* de Eca de Queiroz.

Recoge, pues, *Peñas arriba* una preocupación muy de su

(1) Torrelavega, 1908.

época, hasta el punto de que algunos de sus críticos antepongan la consideración de estas transcendencias sociales a los elementos puramente artísticos de la novela, que hoy capitalmente nos interesan.

Al tropezar Pereda con asunto tan de su gusto, claro es que, no sólo por exigencias de sus procedimientos realistas, sino por lógica insoslayable de la misma tesis social, había de conservar la máxima fidelidad a la localización geográfica del caso. Aun en los que más se la propuso no incurrió Pereda en nimias exactitudes que coartaran la libertad de su inspiración. Creo que en *Peñas arriba* hubo de proponerse la máxima exactitud, no lográndolo por inevitables deficiencias de información.

En efecto, tan sólo una vez visitó esta casa. Ello fué durante su viaje electoral, en 1871, del que dejó recuerdo indeleble en *Los hombres pró.* Un capítulo hay en esta novela, el en que relata la visita al hidalgo don Recaredo, que acaso esté aderezado en parte con recuerdos de esta casona. La llegada de noche, la sensación de oscuridad y desamparo, modificada al calor de la gran fogata de la cocina; la negrura de techo y paredes de ésta y su tamaño, todo recuerda la impresión de la llegada de Marcelo a la casona, que no era sino recuerdo del arribo a ella del propio Pereda. Parece claro que con sólo este recuerdo no habría podido reconstruir la vida de casa y aldea tal como aparecen en *Peñas arriba*, y así fué. Don Domingo Cuevas y Sánchez de Porrúa, primo carnal de Pereda, del que nos ha trazado una atractiva semblanza el conde de Güell en sus *Apuntes de recuerdos*, (1) estaba unido a la familia de los Cuestas de Tudanca por lazos de íntimo parentesco. Preciso es, al llegar a este punto, una breve digresión sobre esta familia, en la que Pereda había de descubrir el próximo modelo de su inmortal don Celso.

La casona de Tudanca había sido heredada por el mayorazgo don Manuel de la Cuesta, nacido en 1808, y que murió siendo rector de la Universidad de Valladolid el año 1863. Vivían aún, cuando Pereda visitó la casa, dos hermanos de don Manuel, don Francisco y don Antonio, recluído el primero en

(1) T. IV., 1929, pág. 129.

la soledad de Tudanca por vocación irresistible, y magistrado el segundo y alejado de ella. La casona pertenecía en realidad a doña Dolores de la Cuesta y Polanco, mi abuela, ausente también de Tudanca, y así tanto de la casa como de la hacienda familiar disponía don Francisco con libérrimo arbitrio. Casó doña Dolores con don Francisco de Cossío y Salinas, y hermana suya fué doña Soledad, casada con don Domingo Cuevas. Queda así aclarada la relación que unía la familia de los Cuestas al primo de Pereda.

Conocía Cuevas perfectamente la vida y costumbres de este valle y sus informes hubieron de ser al novelista tan valiosos al menos como sus recuerdos personales.

Exacta es la geografía de la novela, y así conserva nombres de ríos, montes y pueblos intactos. Los de la ribera del Nansa, teatro de la novela, están levísimamente retocados, permaneciendo su equivalencia eufónica: así Promisiones-Polaciones. Tablanca-Tudanca. Robacio-Rozadío. Zarzaleda-Sarceda. Provedaño-Proaño.

En vísperas de poner mano a la composición de su novela, quiso Pereda documentarse con precisión, y así emprendió desde Soto la subida al puerto de Sejos, acompañado del fino costumbrista campurriano don Demetrio Duque y Merino, pero la niebla le hizo desistir de la excursión que hubiera resultado inútil. Poco más tarde atraviesa el macizo montañoso, pero no por el puerto de Sejos, sino por las cumbres de Palombera, yendo de Cabuérniga a Campóo. Con estos datos directos más los informes de Cuevas y de Duque y Merino, a cuya censura geográfica sometió el viaje de Marcelo por Sejos, compuso este capítulo.

Desde que Marcelo abandona las laderas de Campóo, todo él es creación de Pereda. Con él en la mano sería imposible orientarse, pese a la minuciosidad del relato y aún incurre en concretos errores topográficos, como al decir: "a mi izquierda, y en primer término, dos altísimos conos unidos por sus bases, de Norte a Sur...; enfrente de ellos, a mi derecha, las cumbres de Palombera dominadas por el *cuerno* de Peña Sagra". (1) Claro es que Peña Sagra había de quedar muy a la iz-

(1) Madrid, 1895, pág. 30.

quierda, al otro lado de la cuenca del Nansa y sin relación, ni remota, con las cumbres de Palombera. Este descuido insignificante he querido destacarle para comprobar la exactitud de mi aserto. La topografía del puerto es totalmente inventada por el novelista, pero ello precisamente aumenta el valor y el mérito de este capítulo. Con elementos arbitrarios, con referencias caprichosas a un puerto creado por su imaginación, logra el artista comunicar la impresión del auténtico Sejos, y no sólo en las reacciones psicológicas que delata en Marcelo y su espolique, sino en el tono del paisaje, en la sensación de pequeñez y soledad, de quien le arrostra, en el color del monte y de la tarde, en la interpretación de sus componentes creados, coincidente con la que una sensibilidad despierta puede dar a los reales.

A cuantos nos es familiar el tránsito del puerto de Sejos nos da la lectura de este capítulo cabal impresión de él, siendo enorme la sorpresa del análisis demorado al comprobar que ni un pico, ni un barranco están en su lugar.

Ya cerca de Tudanca, en el último collado antes del descenso definitivo al valle, sitúa Pereda un santuco dedicado a la Virgen de las Nieves. Santuco, del Cristo de las ánimas, subsiste allí, pero el santuario o ermita de la Virgen de las Nieves se encuentra lejos de tal lugar y aun de toda ruta usual. Me fijo en este detalle, porque tal contaminación de dos datos ciertos, para subrayar el carácter de uno de ellos es típico en los procedimientos artísticos de Pereda.

Lo que dicho queda de la descripción del puerto de Sejos, puede aplicarse a la del valle en que se asienta Tudanca. Pero aquí el recuerdo, aunque confuso, conserva su eficacia, y la sensación de angostura, o de angustia, si exagerada por Pereda, triunfa en la realidad como en la ficción novelesca.

Un capítulo de ella determina la posición geográfica del valle con relación al Norte. Es aquel en que Marcelo por el camino paralelo al Nansa, y tras la sabrosa refacción matinal en Rozadío, llega a la carretera, o camino real, y siente la tentación de la huída. La ría de Tinamenor, y el boquete de su desembocadura en el mar, están fotográficamente reproducidos. "Esta pintoresca ría está separada del mar por una barrera muy alta:

un monte negro y pedregoso, rajado de alto a bajo, quedando así un boquete muy angosto por donde se cuelan las aguas y los barcos, y se ve el Cantábrico, mirando desde adentro, como un pedazo de cielo a través de las rejas de una cárcel."

Esto es exacto, y así es la desembocadura del Nansa, pero la distancia de Tudanca a Pesués no pudo salvarla Marcelo, en un mediano caballejo y por un mal camino de herradura en tan pocas horas. Treinta y ocho kilómetros mide hoy la carretera que sigue aproximadamente las mismas curvas y revueltas que el viejo camino. Véase cómo Pereda, y para servir la verosimilitud de un interesante episodio, prescinde de los datos reales, que le sirven para apoyar su novela, y escoge la versión más apropiada para sus fines literarios.

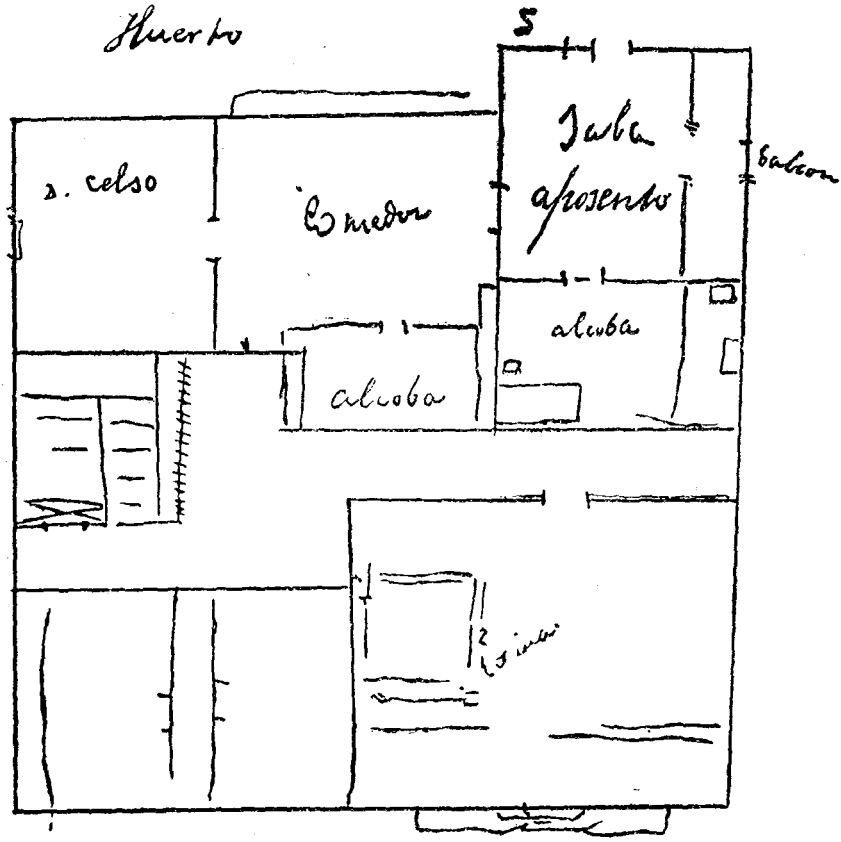
En cambio, medido está, y con exactitud, el tiempo que emplean en el viaje a Proaño; pero los particulares de esta visita merecen especial atención.

Podemos, pues, concluir que la geografía de *Peñas arriba* se corresponde con la de este rincón montañés, si bien los detalles topográficos así como las circunstancias de tiempo, o por información incompleta, o por conveniencias novelescas sufran variaciones, pero que no afectan a la impresión que en la realidad producen estas cumbres y estos valles. Podían borrarse los detalles, el dibujo de la memoria de Pereda, pero la emoción y el color los conservaban intactos su espíritu y su retina.

Con la misma libertad procede Pereda en la descripción de la casona. Consérvase el plano de la casa trazado por el mismo Pereda, y que tendría presente al escribir su novela para mover los personajes sin errar por el laberinto de carrejos y salonas. Pues bien, de él tan sólo recuerda la distribución de la casona, la correspondencia del cuarto de don Celso, la sala que hace de comedor y el cuarto de Marcelo, si bien cambiada la orientación de estas piezas.

Subsiste en la habitación que ocupaba don Celso la alacena que el novelista supone depósito de los ahorros del patriarca, pero sin secreto. En cambio, debajo de esta habitación existe toda una estancia secreta, a la que llaman *el cuarto de la plata,* porque en él se guardaba la del servicio de la casa.

Si en *Peñas arriba* usó de esta libertad, en el *Don Gonzalo González de la Gonzalera* reprodujo con fidelidad estricta cocina, carrejo y salas de esta casona en la de don Román Pérez de la Llosia. Publicada esta novela en 1879 y escrita seguramente el año anterior, el recuerdo de esta casona entrevista en su viaje electoral había de ser más preciso y seguro.



Plano autógrafo de la Casona de Tablanca, por Pereda.

En cuanto a los personajes obró el novelista con la misma libertad. Acaso el único reproducido con absoluta fidelidad sea Chisco, y ello se explica porque a Chisco (llamábase Francisco Andrés, pero por Chisco era conocido de todos) le trató en Comillas. Chisco, sirviendo en la casona, solía ir de recadista a

Comillas a la casa de don Domingo Cuevas y allí hubo de conocerle Pereda y escuchar de sus propios labios sus sucesos. Antes de publicarse *Peñas Arriba* anunciaba don Domingo Cuevas la aparición de esta crónica de sus hazañas con semejantes palabras: "¿quién era Chisco el de Rozadío? No me toca a mi decirlo, ni soy llamado a tales empresas. Quédense éstas en espera de mejor pluma y de otra ocasión, que no han de faltarles, si no mienten mis noticias. Entonces se sabrán proezas tales que sorprendan el ánimo y cautiven la voluntad, y en buenas manos queda el pandero que lo sabrán bien tañer. Tan sólo apuntaré, que más que pastor de ganados, fué terror de alimañas, allá en los primeros albores de sus ejercicios venatorios, y andando el tiempo hubo de habérselas *tête a tête*—por decir algo en francés—con los osos. Y no digo más, tangente a este particular." (1)

La cacería del oso, a que Cuevas alude, sin duda por conocer el capítulo en que Pereda la narra, pudo saberla éste de boca del mismo Chisco, y es en sustancia histórica. Yo la he oído relatar muchas veces al propio Chisco Andrés y a Eladio Cosío, su compañero en tan descomunal empresa cinegética, y a quien esta circunstancia hizo que todos llamaran (y él se dejara llamar) Pito Salces, sin que su carácter ni su biografía tuvieran la menor relación con el mozallón retratado por Pereda. La situación de la cueva, en la peligrosa cornisa era, y es, tal cual Pereda la cuenta. No es cierto que los perros entraran en la cueva; lo sucedido fué que, comprobada la estancia allí de la fiera, para hacerla salir metieron una perrilla cuzca que acaso llevaban, atándola a un palo con su horca que cortaron en el monte. A tirones, y ofreciéndosela a la osa como presa, consiguieron que saliera, y las palabras que se cruzaron entre Chisco y Pito Salces si no fueron las que Pereda puso en sus labios, no desmerecen de las más estoicas que pudieran imaginarse. ¿Me dejarás tirar primero?—dijo Chisco—, a lo que Eladio contestó, venteando el suceso: Tengo yo tantas ganas de dar gusto al dedo como el ministro de la Guerra. Salió la osa, dispararon simultáneamente los dos cazadores, sacaron de la

(1) "Antaño".—Madrid, 1903, pág. 126.

cueva las dos crías, y no pasó más, y no fué poco. La aparición del oso y subsiguientes riesgos y proezas son invención del novelista, en los que rinde tributo (como al hablar de don Recaredo, en *Los hombres de pró*) a la legendaria conseja que supone que en esta tierra matamos los osos a cuchilladas.

Regida la casona de Tudanca, como más arriba insinuamos, por don Francisco de la Cuesta (a quien familiarmente llamaban en estos valles, don Chicho) él es el único modelo posible del inmortal don Celso. Falleció don Francisco de la Cuesta el 28 de septiembre de 1883, y así a esta fecha debiera referirse la acción de la novela, mas un dato puesto por Pereda en boca de don Celso nos obliga a retrotraer la ficción quince o veinte años más. Asegura don Celso que su primer viaje (que fué el de novios) le hizo un mes después de haber salido de España "el último ladrón de los de Pepe Botellas." (1) Don Francisco de la Cuesta había nacido el año 1810. Aun suponiendo que el don Celso contara a su muerte algunos años más que don Francisco a la suya, parece preciso traer la acción de la novela hacia los años borrascosos de la revolución del 68.

Don Francisco de la Cuesta no fué patriarca tan rústico como Pereda le retrata. Había estudiado, y concluído, la carrera de leyes en Valladolid; salía con frecuencia de Tudanca al teatro del mundo en que sus hermanos don Manuel y don Antonio representaban lucidos papeles, y ello no le impedía ejercer su benéfico gobierno en la forma que Pereda inmortalizara.

Su carácter, al par vivaracho y bondadoso, aparece fielmente retratado, y aún no habría que oponer graves reparos a las ristras de ajos que salían de su boca, ya que en el más fiel retrato es lícito al retratista subrayar rasgos característicos del modelo.

La conciencia de su deber de patriarca, su estrecha unión con el vecindario, su caridad sin medida, la preocupación por su ausencia de mundo pensando sólo en sus tudancos, son rasgos fidelísimos de su etopeya moral que tradicionalmente vienen perpetuando su recuerdo entre nosotros. Mas por si estos

(1) Pág. 82.

rasgos no fueran suficientes para su identificación, el retrato físico trazado por Pereda tiene más valor expresivo aún que la fotografía que acompaña estas líneas. "Eran chiquitos y garzos eran los (ojos) de mi pariente, y miraban con la vivacidad de los del raposo, a la sombra de unas cejas grises, muy espesas y erizadas; la nariz aguileña; la boca nunca enteramente cerrada ni quieta; parlanchina, como los ojos, aunque callara; la tez muy pálida y rugosa; la barbilla redonda y algo prominente debajo del labio inferior; las orejas formidables y muy velludas en las cercanías de los oídos, etc., etc." (1)

Las memorias del buen don Francisco subsisten aún en la de los ancianos del valle. La obra patriarcal, por mero culto a su recuerdo, fué continuada por su hermano don Antonio, retirado de su profesión de magistrado, y todavía un eco de ella me hace aceptar como deber gratísimo la convivencia con los tudancos y la dedicación de mis pobres medios a su servicio. En este sentido es *Peñas arriba* la crónica más fiel y veraz de la tradición de esta casona, y pese a las circunstancias y diferencias que vengo notando (para servicio de la crítica parediana) la auténtica epopeya de este valle y sus gentes en la que ciframos nuestro mayor orgullo.

Ninguno de los demás personajes de la novela tuvieron, que yo sepa, modelo en estas aldeas. Ni el médico, al que juzgo comodín creado por Pereda para exponer sus puntos de vista; ni el señor cura, don Sabas, grandiosa concepción del novelista, sin precedente entre los servidores de esta parroquia, pero que acaso fué modelo para las maneras de don Senén Gao Gutiérrez (de buena memoria) párroco de Tudanca en tiempos posteriores a los sucesos de la novela, y al de su publicación; ni la familia de don Pedro Nolasco; ni Facia, ni, en una palabra, cuantos aldeanos forman el coro de la gran epopeya montañesa.

Al publicarse, un sagaz crítico montañés, José María Quintanilla, que firmaba sus escritos con el pseudónimo perediano, *Pedro Sánchez,* escribía: "...no hay novela de más perfecta unidad, de mejor soldadura..." "...los capítulos se enlazan unos con otros y no hay medio de separarles sin atentar a la

(1) Pág. 47.

DON FRANCISCO DE LA CUESTA
(Don Celso)

esencia de cada uno." (1) Con nuestra conformidad más absoluta a la primera aseveración hemos de declarar que hay un episodio en *Peñas arriba,* bien traído y soldado al relato, sin duda, pero que siempre nos pareció independiente de la concepción total de la novela. Nos referimos al episodio de la visita de Marcelo al señor de la torre de Proaño.

Por quien tiene motivos para conocer la intimidad de la composición de la novela hemos podido comprobar el fundamento de nuestra sospecha. Sabida es la trágica manera como fué interrumpida la escritura de *Peñas arriba.* Precisamente por tan luctuoso suceso recibió Pereda la visita de don Angel de los Ríos, tan efusivamente emocionado que a Pereda le produjo la más honda impresión. Consecuencia de tal visita fué el propósito, llevado a cabo por el novelista, de devolvérsela al hidalgo campurriano en su propia torre, y esta visita, y lo que en ella vió y sintió, más lo que de la vida del hidalgo sabía, le sugirieron las páginas que le dedica, y que hubieron de ser mañosamente interpoladas en lo ya escrito.

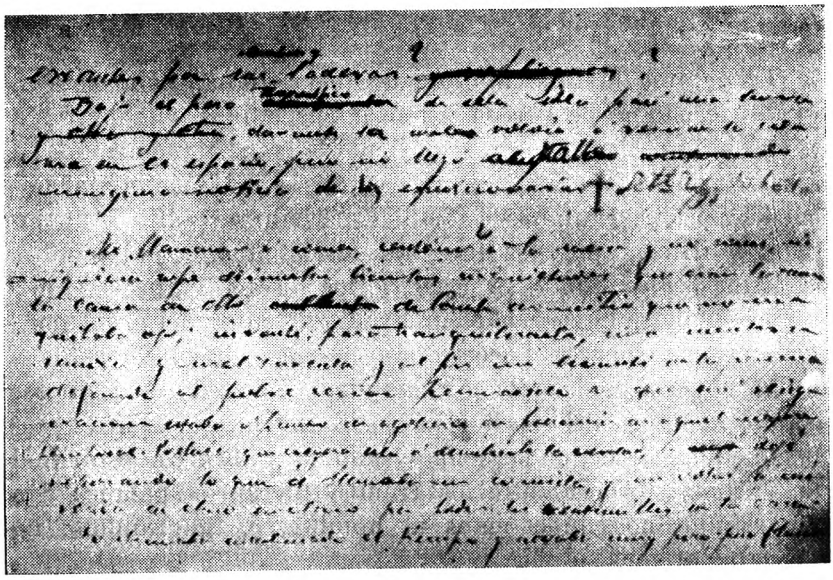
No trató Pereda de disimular el modelo, al que atribuye las mismas obras que escribió y sucesos conocidos de cuantos habían tratado al inmortal sordo. Pese a ello, un crítico de *Peñas arriba,* don Federico Urrecha, ignorando, sin duda, la existencia de don Angel de los Ríos, creyó descubrir en los rasgos de su fisonomía y carácter los de su propio creador. Pronto se apresuraron los periódicos locales a patentizar su error, (2) pero el propio don Angel acudió a la misma empresa y dolido con razón de un calificativo que pudiera interpretarse en sentido despectivo. "Aquel *agua la casa* (no sé si traduzco bien o mal del vascuence el apellido Urrecha)... debe ser... la personificación del regionalismo vasco-gallego contra todo lo castellano, y quien dice castellano dice español" y tras este desahogo, en el que alude tansparentemente a doña Emilia Pardo Bazán, blanco de la antipatía de los dos hidalgos escritores, se indigna porque llama *hidalguete* de la torre de Provedaño

(1) "El Atlántico".—Santander, 1 de febrero de 1895.

(2) "El Atlántico" y el "Boletín de Comercio".—Santander, 13 de febrero de 1895.

"a un varal que apenas cabe por otras puertas que por la de ella en lo físico y en lo moral"; (1) y tenía toda la razón.

Doy fin a estas notas, que al volar de la pluma he trazado en la misma casona inmortalizada por Pereda. Dios quiso que a ella fuera asociada el recuerdo de la gran tragedia de la vida del novelista: la muerte de su hijo Juan Manuel. Este patético dato de la biografía de Pereda debe constar entre los que abonan la historicidad de la gran novela. "Dios recompensó su fe haciendo pasar por sus labios el ascua inflamada de los profetas de Israel, y sosteniendo sus brazos para que orase sobre las cumbres y se desatase su voz en lluvia de bendiciones al Altísimo."



Página del autógrafo de "Peñas arriba" a que se alude en la dedicatoria de esta novela.

Cierren estas elocuentes palabras de Menéndez y Pelayo que caracterizan un aspecto de la gran novela, estas líneas dictadas por la efusión más viva.

José María de Cossío.

La Casona de Tudanca, marzo 1933.

(1) "El Atlántico".—Santander, 18 de febrero de 1895.